

SOCIAL



LA FAMILIA, CORAZÓN DE LA ECOLOGÍA HUMANA

LOLA VELARDE

DIGITAL
REASONS



LOLA VELARDE

LA FAMILIA CORAZÓN DE LA ECOLOGÍA HUMANA

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Lola Velarde
© Digital Reasons, 2018
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)
Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco. Imagen Creative Commons Pixabay.
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.
Diseño de gráficos y figuras: Ángel Pérez Bret
ISBN: 978-84-947622-6-0
Depósito Legal: M-7874-2018

Ficha bibliográfica: Velarde, Lola (2018): *La familia, en el corazón de la ecología humana*. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y está libre de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Introducción	11
2. ¿Qué es la ecología humana?	15
2.1 De la ecología a la ecología humana	15
2.1.1 Las relaciones de los seres vivos entre sí	17
2.1.2 El hombre en relación con el hombre	22
2.1.3 Los orígenes de la ecología humana	24
2.2 La relación entre el hombre y la naturaleza: diversas trayectorias de pensamiento	27
3. ¿Qué es la familia?	43
3.1 La familia en la cultura y la historia de la humanidad	43
3.1.1 La familia en Grecia y Roma	44
3.1.2 La familia en las grandes religiones	46
3.1.3 El gran consenso de la Declaración Universal de Derechos Humanos	50
3.2 La crisis cultural del siglo XX	54
3.3 Trasfondo ideológico del pensamiento dominante	59
3.3.1 ¿Qué es la ideología de género?	59
3.3.2 ¿Dónde tiene su origen esta ideología?	62
3.3.3 La ideología de género llevada a la práctica: consecuencias para la vida	67
3.3.4 La ideología de género en la política: consecuencias sociales	73
3.4 Modelo de familia y estructura familiar: ¿da lo mismo uno que otro?	86

4. Ecología humana y familia: ¿Qué indican las ciencias sociales?	89
4.1 Percepción social de la familia	90
4.2 Análisis comparativo entre las diferentes estructuras familiares	91
4.2.1 Parejas casadas con hijos comunes y otros tipos de hogares	91
4.2.2 ¿Qué aporta el matrimonio?	96
4.2.3 La calidad de las relaciones familiares	128
4.2.4 Padres del mismo sexo	137
4.2.5 Un paso más: padres transexuales	156
5. El cuidado de la familia, nuestro hábitat natural	171
5.1 Diagnóstico	171
5.1.1 La familia en el mundo	171
5.1.2 En Europa y España	174
5.2 Recomendaciones de los organismos internacionales	184
5.3 Propuestas para fortalecer la familia	194
5.3.1 Una política familiar integral	194
5.3.2 Distintas experiencias en Europa	197
5.3.3 Una propuesta para España	200
6. Conclusiones	209
7. Referencias	219

...Incapaz de ver el misterio de las múltiples relaciones que existen entre las cosas ... a veces resuelve un problema creando otros.
Francisco, 2015

El libro de la naturaleza es uno e indivisible
Benedicto XVI, 2009.

La persona es un bien tal, que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y válida respecto de ella.
Karol Wojtyła, 1960

PRÓLOGO

Siempre he pensado en la familia como uno de los valores más arraigados en España. Por eso cuando hace ya más de catorce años el presidente del Instituto de Política Familiar me propuso promoverla en los foros internacionales acepté con mucho gusto. Pronto esa misión se convirtió en un auténtico caballo de batalla y una permanente lucha para explicar y argumentar racionalmente lo que hasta hacía muy poco se daba por supuesto.

Cuando unos años después, tardía y felizmente, llegaron nuestros tres hijos, mi experiencia cotidiana como madre y la de Juande, mi marido, como padre, han afianzado en mí la profunda convicción de que la familia no es una construcción social, y por tanto modificable, sino una realidad connatural al hombre cuya esencia debemos respetar y fortalecer. De este modo contribuimos, no sólo al bien de sus miembros, sino también al bien común. Esto contrasta sin embargo con la opinión, no sé si mayoritaria, pero desde luego muy amplia y creciente, de que el *formato* de familia no afecta al bien de los niños ni al de la sociedad. Y si afecta, no importa. Lo que importa es la opción que el adulto libremente desee elegir y que debe ser respetada y valorada igual que las demás.

Algunas personas a las que aprecio sinceramente e incluso aquellas a las que más quiero no comparten conmigo esta convicción, o al menos no en toda su dimensión. Compartimos criterios esenciales de la vida y probablemente en situaciones o circunstancias críticas actuaríamos de forma muy similar. Sin embargo, en este punto no hay acuerdo.

Pienso que esto ocurre, en cierta medida, porque no contamos con la misma información de partida, que es la que nos lleva a tener un determinado criterio sobre la realidad. Lo que he leído, aprendido, escuchado y vivido, no necesariamente lo han recibido ellos y viceversa. De hecho, escuchar sus razones siempre me ha ayudado a cuestionar las mías y, en su caso, modificarlas o afianzarlas.

Cuando Emilio Chuvieco me propuso escribir sobre este asunto, me pareció una buena oportunidad para exponer y explicar las razones de esta convicción sobre la esencia y el papel de la familia a la que al fin y al cabo dedico la mayor parte de mi vida, ya sea dentro de casa o fuera, en la vida pública. Además, el nombre y el lema de esta editorial no pueden ser más oportunos¹. Aprovecho por cierto para agradecer su infinita paciencia, uno de los motivos por los que no llegué a desistir de la tarea.

Por otra parte, se da la particular circunstancia de que este trabajo por la promoción de la familia en la vida pública se ha ido solapando poco a poco con mi vocación profesional como ingeniera de montes. Me he dedicado sobre todo a la conservación del paisaje y en particular a la «ecología del paisaje», una disciplina que me entusias-

1 Digital Reasons. *«Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto»* (1 San Pedro, 3: 14-16).

ma, pues la simplicidad de su planteamiento hace que se entiendan con mucha claridad las profundas relaciones que existen en la naturaleza, aún entre zonas del territorio muy alejadas entre sí.

La idea de que el hombre no es ajeno a las leyes de la ecología y que por tanto debe, no sólo respetar la naturaleza, sino también su propia naturaleza, fue tomando fuerza y, a medida que iba encontrando nuevos estudios e investigaciones que avalaban esta hipótesis, fui dando a luz este libro.

Se ofrecerán los datos estadísticos, no de forma exhaustiva, pues hay muchos más de los que aquí se presentan, pero sí suficientemente representativa y siempre rigurosa. Quiero adelantar que la razón de esta exposición de datos fríos no es otra que tener una visión lo más objetiva posible, más allá de opiniones o valoraciones personales.

También quiero aclarar que no es objeto de este libro entrar a juzgar a quienes por las más diversas razones no han formado una familia, o a los que la han formado y experimentado su dolorosa ruptura, o no han podido llegar a consolidarla en plenitud por la falta del padre, de la madre, de ambos o incluso de los hijos deseados y no tenidos. No hay duda de que todas y cada una de estas situaciones, ninguna exenta de las dificultades de la vida, pueden dar lugar a una existencia en plenitud. No es esto lo que aquí se viene a valorar.

Simplemente se desea plantear el hecho de si, de entre todas estas situaciones en que nuestras propias decisiones o las circunstancias de la vida nos han puesto, hay alguna que objetivamente, atendiendo a los datos que aportan las ciencias sociales y naturales, constituye el hábitat idóneo, el que más adecuadamente responde a nuestra pro-

pia ecología, el que ofrece las condiciones óptimas para el nacimiento, crecimiento y desarrollo de la vida humana.

Partimos de la hipótesis de que este hábitat se corresponde con el núcleo familiar original —padre, madre, hijos—, unido por un vínculo estable y permanente en el tiempo, donde el amor crea el ambiente de vida propicio. Es lo que muchos han venido a llamar la familia natural.

Estoy convencida de que, como rezaba un artículo de opinión del *New York Times*, *el desacuerdo inteligente es la savia que alimenta a toda sociedad sana* (Stephens 2017). Por eso confío en que el lector que inicia esta lectura desde un enfoque diferente, desee abordarla desde esta clave. La editorial pone a nuestra disposición un blog donde podremos encontrarnos y avanzar en un diálogo constructivo.

Deseo finalmente expresar mi agradecimiento a Eduardo Hertfelder por el apoyo prestado durante la preparación de este libro. Su extraordinaria capacidad analítica y visión estratégica se han expresado en los informes que el Instituto de Política Familiar viene publicando desde hace años y algunos de cuyos resultados se recogen aquí, principalmente en el último capítulo.

Lola Velarde. Madrid, 8 de diciembre de 2017

1. INTRODUCCIÓN

Este libro está dirigido a todo aquel que tenga interés en conocer las razones de la afirmación que lo titula. Habrá por tanto, o eso espero, lectores con muy diversos puntos de vista. Algunos compartirán una visión cristiana de la vida y otros no.

A todos ellos debo decirles que la inspiración inicial para abordar esta cuestión la encontré en algunos escritos de los últimos papas, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Me interesé por sus afirmaciones respecto a la ecología humana y su íntima relación con la familia, y a partir de ahí empecé a ahondar en el asunto y desarrollarlo. Por eso, aun cuando no se trata de una cuestión religiosa y, ni mucho menos, dirigida sólo a los creyentes, no he querido dejar de mencionar en esta introducción aquellos textos que, de algún modo, fueron para mi un punto de partida.

Juan Pablo II introdujo por primera vez en un documento pontificio el concepto de ecología humana (1991):

Además de la destrucción irracional del ambiente natural hay que recordar aquí la más grave aún del ambiente humano, al que, sin embargo, se está lejos de

prestar la necesaria atención. Mientras nos preocupamos justamente, aunque mucho menos de lo necesario, de preservar los «habitat» naturales de las diversas especies animales amenazadas de extinción, porque nos damos cuenta de que cada una de ellas aporta su propia contribución al equilibrio general de la tierra, nos esforzamos muy poco por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica «ecología humana».

No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, quien debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado.

Y añadía más adelante (n.39) que:

La primera estructura fundamental a favor de la «ecología humana» es la familia, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado, y por consiguiente qué quiere decir en concreto ser una persona.

También Benedicto XVI entendía que el ser humano no es ajeno a las leyes que rigen la naturaleza, afirmando que

El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y

en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. (Benedicto XVI 2009) n.51.

El Papa Francisco, que en su apostólica *Amoris Laetitia* (Francisco, 2016) afirma que la familia es el sujeto protagonista de una ecología integral (n. 277), había abundado ya con anterioridad en esta misma idea:

La crisis en la familia ha producido una crisis ecológica, pues los ambientes sociales, al igual que los ambientes naturales, necesitan protección. Y si bien la raza humana ha entendido la necesidad de afrontar las amenazas a nuestros ambientes naturales, hemos sido más lentos en reconocer que nuestros frágiles ambientes sociales están también amenazados (...). Es por tanto esencial que promovamos una nueva ecología humana. (Francisco, 2014).

Y en su encíclica *Laudato Si'* (Francisco 2015) acuñó, como veremos más adelante, el concepto de ecología Integral -natural y humana-, que básicamente sintetiza lo que en las próximas páginas tratamos de exponer.

A la luz de estos textos, la pregunta inicial que traté de responder fue: ¿podríamos entonces decir que la familia es el estilo natural de la especie humana?

Esto es, que el *hábitat* idóneo en el cual el ser humano puede nacer y desarrollar sus potencialidades de forma óptima es la familia estable —y por ello fundada en un compromiso permanente (matrimonio)— en la que el amor del hombre y de la mujer (padre y madre) crea el ambiente de vida propicio.

Acudamos a la observación de la realidad, a la experiencia humana y a los datos que aportan las ciencias sociales.



Fig. 1: Hipótesis de partida: la familia es el hábitat natural y óptimo para la especie humana.

2. ¿QUÉ ES LA ECOLOGÍA HUMANA?

2.1 De la ecología a la ecología humana

La ecología es la ciencia que estudia las relaciones existentes entre los seres vivos y el medio donde habitan (Ramos, Cifuentes et al. 1995), de tal forma que el conocimiento de estas relaciones nos permite obtener información sobre la naturaleza de las especies.

La ecología humana puede, del mismo modo, estudiar las distintas formas de relaciones humanas, conocer cuáles son sus efectos sobre el desarrollo de la especie y obtener así información sobre su naturaleza; en este caso, la naturaleza humana.

Las características de su espacio vital inciden directamente sobre la forma de vida de una especie. Es lo que se llama el hábitat de la especie, es decir, el conjunto de características y condicionantes ambientales, especialmente clima, suelo y factores bióticos (seres vivos), que definen un área determinada e inciden directamente sobre su forma de vida (Ramos, Cifuentes et al. 1995).

El *hábitat* es, por tanto el ambiente que ocupa una determinada especie en el ecosistema (en su comunidad natural). Es el espacio que reúne las condiciones adecuadas para que la especie en cuestión pueda vivir y desarrollarse de forma permanente. Ese hábitat tiene unas características determinadas que lo identifican y lo distinguen de otros hábitats en los que esa misma especie no podría desarrollarse de forma adecuada.

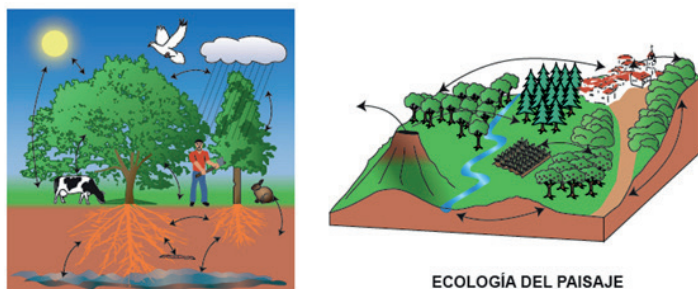


Fig. 2: Definiciones básicas sintetizadas.

Para conocer la ecología humana, hay que estudiar su hábitat, contemplándolo por un lado en cuanto al ambiente físico se refiere, o el territorio en que se desarrolla la vida humana (algo similar a lo que sería el biotopo en las comunidades biológicas), a cuyo estudio se dedican la geografía humana y otras disciplinas asociadas; y por otro, en cuanto a las relaciones existentes entre los seres vivos de dicho hábitat y en concreto con los de su propia especie, la acción del hombre sobre el propio hombre (Olivier, 1993) es decir, el ambiente social o psicológico en el que se desarrolla su vida, incorporando aquí el conocimiento de las ciencias sociales.

2.1.1 Las relaciones de los seres vivos entre sí

La ecología nos enseña que si modificamos un elemento del sistema, aunque pudiera parecer a primera vista irrelevante, todo el conjunto se ve afectado a la larga.



ECOLOGÍA DEL PAISAJE

Fig. 3: Relaciones que estudia la ecología. Adaptación de Navveh (1991).

Pongamos un ejemplo que escuché relatar en el año 2005 a la primera mujer africana Premio Nobel de la Paz, Wangary Maathay, sobre lo ocurrido en su Kenia natal, en una cuenca hidrográfica que proporciona agua a más de dos millones de personas. En la Universidad Noruega de Ciencias de la Vida (*Norwegian University of Life Sciences*) expuso con detalle cómo la pobreza y la degradación ambiental de su país tenían su origen en las talas y nuevas plantaciones forestales realizadas durante la época colonial, en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, sobre el Monte Kenia, el segundo más alto de África después del Kilimanjaro.

Los británicos de la época consideraron que aquellos terrenos eran adecuados para la plantación de especies forestales con fines productivos: la comercialización de la madera para la construcción de casas y la industria del mueble. Con este objetivo, se taló el bosque original, sustituyéndolo por pinos y eucaliptos. Sesenta años más

tarde pudo comprobarse que lo que inicialmente se hizo con la intención de promover el desarrollo del lugar, en realidad resultó «casi en una maldición».

Los nuevos árboles no eran aptos para albergar y alimentar a los animales que habitaban la zona y poco a poco fueron desapareciendo los insectos, las mariposas, los antílopes, los elefantes y toda la fauna asociada al bosque original. Desaparecieron las múltiples capas o estratos de vegetación que formaban aquel bosque, en cuyas hojas se acumulaban las miles de gotas de agua que caían en las fuertes lluvias y resbalaban después poco a poco amortiguando así su impacto sobre el suelo. Un suelo profundo, formado año tras año por las hojas y los restos de madera, que funcionaba como una gran esponja recibiendo ese agua. Un agua que, una vez filtrada, corría por el subsuelo para emerger de nuevo ladera abajo en forma de manantiales y arroyos.

Con los nuevos monocultivos forestales toda aquella vegetación desapareció, las aguas de las tormentas comenzaron a impactar bruscamente sobre el suelo provocando su pérdida por escorrentía ladera abajo. El río Tana, el mayor río de Kenia, se llenó de limos y los arrastró hasta los embalses que se habían construido aguas abajo para la producción de energía. Se había modificado el ciclo del agua, pues las nuevas especies forestales no eran capaces de recoger y conservar el agua de lluvia en su caída.

Aumentaron las lluvias torrenciales, se perdió el suelo y las centrales eléctricas, obstruidas por la tierra que arrastraba el agua, comenzaron a producir menos energía de la necesaria. Disminuyeron las cosechas de café y té que daban sustento a las poblaciones rurales, las cuales comenzaron a trasladarse a la ciudad. Pronto se generaron bolsas de pobreza y aumentaron las chabolas en el

cinturón urbano, pero pocos vincularon este hecho con lo que había ocurrido en el Monte Kenia hacía ya seis décadas.

Otro precioso ejemplo de este misterioso y extraordinario equilibrio natural se dio en el Parque Yellowstone de Estados Unidos, tras la reintroducción de los lobos en 1995 (Permaculture, 2015).

Uno de los descubrimientos científicos del pasado siglo han sido las llamadas «cascadas tróficas». Se trata de procesos ecológicos que muestran los efectos indirectos de un depredador sobre el ecosistema en el que vive. El proceso comienza en la parte más alta de la cadena alimenticia y va avanzando paulatinamente a los niveles tróficos inferiores hasta llegar al final de la misma.

Lo ocurrido en el parque Yellowstone refleja muy bien este proceso. Los lobos habían desaparecido del parque hacía 70 años y durante este tiempo el número de venados había crecido desproporcionadamente al faltar su depredador natural y a pesar de los esfuerzos que se realizaban para controlarlos. A lo largo de estos años, habían esquilado el pasto disponible en el parque y la vegetación se había reducido al mínimo.

Cuando empezaron a reintroducirse los lobos, comenzó también a reducirse el número de venados. Pero no sólo eso, sino que se inició un proceso cuyo efecto iría mucho más allá. La presencia de los lobos modificó drásticamente el comportamiento de los cérvidos, que dejaron de frecuentar aquellas zonas de peligro en las que se encontraban más expuestos, sobre todo en los valles y gargantas. Pronto en esas zonas comenzó a regenerarse la vegetación, hasta el punto de que en algunos casos los árboles, antes afectados por el sobrepastoreo, multiplicaron su altura en sólo 6 años. Proliferaron los sauces y los

álamos en los suelos de los valles antes devastados por los venados. Y con los árboles, volvieron los pájaros y las aves migratorias. Y también los castores, que los utilizaron para hacer sus presas en el río. Y estas presas fueron a su vez nichos para otras especies, como la nutria, los patos o diversos reptiles, anfibios y peces.

Los lobos dieron caza a los coyotes y, como resultado, comenzó a aumentar el número de conejos y ratones, lo que atrajo más águilas, más comadreas, mofetas y zorros. Los cuervos y las águilas calvas se alimentaban de la carroña que dejaban los lobos. También los osos se alimentaban de ella y su población comenzó a crecer, gracias además a la mayor disponibilidad de moras en los arbustos que habían podido regenerarse.

Pero el efecto llegó aún más allá. La regeneración de la vegetación hizo que los ríos comenzaran a modificar su curso, pues ayudó a fijar el suelo y disminuir la erosión que antes llenaba el río de tierra. En consecuencia se suavizaron los meandros y se estrechó el cauce, aumentando así los rápidos en algunos tramos y apareciendo remansos en otros, consolidando su curso y enriqueciendo su vida acuática.

Así que la presencia de un pequeño número de lobos en el Parque Natural de Yellowstone, no sólo transformó el ecosistema de este inmenso territorio de casi 900.000 hectáreas de superficie (algo mayor que el territorio de la Comunidad de Madrid), sino incluso su geografía física.

En suma, la interacción entre los elementos del ecosistema asegura su pervivencia y equilibrio. Por eso, todos son importantes y el cambio en cualquiera de ellos afecta, a veces gravemente, a los demás. En palabras del famoso naturalista americano John Muir (1911):

Cuando tratamos de aislar cualquier organismo por sí mismo, nos encontramos con que está ligado a todo lo demás en el Universo.

La encíclica *Laudato Si'* se refiere también insistentemente a este hecho:

No está de más insistir en que todo está conectado. El tiempo y el espacio no son independientes entre sí y ni siquiera los átomos o las partículas subatómicas se pueden considerar por separado. Así como los distintos componentes del planeta —físicos, químicos y biológicos— están relacionados entre sí, también las especies vivas conforman una red que nunca terminamos de reconocer y comprender (n. 138).

Muchos otros ejemplos podrían ponerse sobre este delicado equilibrio existente en la naturaleza y la necesidad de respetar los ecosistemas y su dinámica natural para que las consecuencias no se vuelvan en nuestra contra.

Pero ¿existe también una dinámica natural para el ser humano? ¿Hay una ecología humana, también preexistente, que no hemos creado sino que nos ha sido dada?

Son muchos los investigadores que han querido responder a estas preguntas a través del estudio de esta nueva disciplina científica.

La ciencia aplicada debe ser aquella adecuada al objeto que estudia. Por ello, al tratar al ser humano, necesariamente han de entrar en juego disciplinas como la antropología, que trata de los aspectos biológicos del hombre y de su comportamiento como miembro de una sociedad; la sociología, que estudia las condiciones de existencia y desarrollo de las sociedades; o la geografía humana, que

aborda los distintos ecosistemas que habitamos (medio urbano y periurbano, medio rural, medio natural).

La ecología humana se basa en todas ellas, tomando prestados los conceptos de la ecología de las plantas y los animales. El ecosistema será el denominador común de ambos y, aunque el ecosistema de las formas más simples de vida tiene diferencias significativas con el ecosistema de las poblaciones humanas, tienen también sorprendentes similitudes (Hawley, 1986).

2.1.2 El hombre en relación con el hombre

El ser humano es un ser relacional y la ecología trata precisamente de relaciones. Ahora bien, la ecología humana no es una simple extensión de la ecología en general, sino que presenta unas características propias en el análisis de los principales parámetros y la relación entre ellos.

Trataremos de buscar aquel hábitat que resulta óptimo para la vida del ser humano y analizar qué efectos tiene sobre el propio hombre. El hombre tiene gran capacidad de adaptación a diversos contextos, tanto físicos como psíquicos y puede vivir en las condiciones más extremas, pero el hábitat será tanto más adecuado cuanto más se asemeje al hábitat óptimo (lo que en ecología se llamaría el *clímax*) y que podríamos llamar también hábitat natural.

Algunos autores consideran el comportamiento individual como dependiente únicamente de las cualidades y habilidades personales, al margen del entorno en el que la persona se haya desarrollado. Pero ¿dónde se adquieren estas cualidades y habilidades? ¿Las tenemos desde que nacemos? En ocasiones se ha planteado el dilema sobre si uno *nace o se hace*.

En los estudios sobre la naturaleza, sin embargo, no existe tal dilema, sino que se distingue entre el genotipo (la información genética contenida en los cromosomas de un ser vivo) y el fenotipo (las propiedades que resultan de la influencia del ambiente en el que vive sobre su genotipo). Por ejemplo, dos árboles de una misma especie, pensemos en dos robles de la especie *Quercus robur*, tendrán formas diferentes dependiendo del lugar en el que viven. Si uno vive en una zona más fértil que el otro, con menos pendiente y en una cota más baja, tendrá una forma y unas características diferentes al que haya crecido en una cota más alta, sometido a fuertes vientos, en un suelo más pedregoso, y una pendiente más fuerte. Ambos árboles producirán también semilla con características diferentes una de otra.

La ecología por tanto nos indica que el individuo en cuestión es el resultado de ambos, genotipo y fenotipo, en resumen del «se nace» y el «se hace».

Nos muestra evidentemente el componente genético de las especies, pero incorpora como algo esencial la dimensión relacional. Los seres vivos no actúan de forma individual e independiente unos de otros, sino que están profundamente interrelacionados.

Esta doble dimensión está también presente en la especie humana. Hombres y mujeres **nacemos** con una genética y unas características que nos identifican (genotipo), pero las circunstancias en que se desarrolla nuestra vida irán conformando también nuestra identidad (fenotipo). Los seres humanos además, de forma única entre las especies, añadimos al efecto de las circunstancias una tercera componente, la del ejercicio de nuestra libertad, de manera que las decisiones que vamos tomando en el camino de la vida contribuyen también decisivamente a hacer lo que somos.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *La familia, corazón de la ecología humana*, de Lola Velarde: el prólogo, la introducción y las primeras páginas del capítulo sobre qué es la ecología humana. El libro completo, en cinco capítulos y unas conclusiones, contrasta con datos de las ciencias sociales la hipótesis de que la familia es el hábitat natural y óptimo del ser humano.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/la-familia-corazon-de-la-ecologia-humana

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **¿Qué es la ecología humana?** De la ecología a la ecología humana, las relaciones de los seres vivos entre sí, los orígenes de esta disciplina y las trayectorias de pensamiento sobre el hombre y la naturaleza.
- **¿Qué es la familia?** La familia en la cultura y la historia (Grecia y Roma, las grandes religiones, la Declaración Universal de Derechos Humanos), la crisis cultural del siglo XX, la ideología de género y el modelo de familia.
- **Lo que indican las ciencias sociales.** Comparación entre estructuras familiares, qué aporta el matrimonio, la calidad de las relaciones familiares y los estudios sobre padres del mismo sexo y padres transexuales.
- **El cuidado de la familia.** Diagnóstico en el mundo, en Europa y en España, recomendaciones de los organismos internacionales y propuestas para una política familiar integral.

Con datos estadísticos y figuras que ilustran los conceptos.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-947622-6-0



Escanee para comprar